

Un retorno natural a los orígenes

El último jefe de cabina del antiguo Cine Cuyás, Rafael Hernández Marrero, se ha convertido en un valedor de la memoria cinematográfica de dicha sala



Escudos de solapa que debían portar los espectadores durante las proyecciones de la posguerra.

Alan Ladd, Rita Hayworth, Henry Fonda, *Cantinflas*, Edward G. Robinson, Maureen O'Hara, Cary Grant o Errol Flynn, fueron algunas de las numerosísimas estrellas de Hollywood que llenaron con su luz la pantalla de 17 metros del cine Cuyás. Rafael Hernández Marrero tiene ahora 82 años y fue el último en cerrar la puerta de metal de la habitación en la que se encontraban los aparatos de proyección del famoso cine de la capital grancanaria, reconvertido en 1999 por el Cabildo de Gran Canaria en un moderno teatro. Hernández Marrero se ha convertido en el último valedor de la relativamente corta historia de los locales cinematográficos que coexistieron a la vez en una ciudad y que no pudieron resistir el empuje tiránico de las multisalas. En su estudio de la calle Pío Coronado guarda celosamente una cantidad ingente de material y archivos de aquella época dorada del ocio, que se extiende al control documental incluso de todas las salas que existieron en el resto de los municipios de Gran Canaria, Lanzarote, Fuerteventura y África Occidental.

Fue operador cinematográfico de muchos de los cines de la ciudad, del Goya, local en el que se inició con 17 años durante la Guerra Civil española junto a su venerado tío

Manuel Marrero Barrera; del cine al aire libre del antiguo solar del Campo España, del cine Rex, Carvajal, Quilmes de Tafira, Pabellón Victoria de Teror, Colón, Sol Cinema y, cómo no, del Cuyás, en cuya pantalla proyectó como última película *A cara descubierta*. En ese cine y en sus veinte años de servicio acometió la exhibición de 1.813 filmes y reparó muchos televisores en dos pequeños locales ubicados en el solar de acceso. Aún recuerda con su memoria prodigiosa que su afición por el cine dio comienzo con cinco años en el Colón, de la calle Matías Padrón. *El cine es una gran escuela para entender lo bueno y lo malo del mundo. En muchos lugares creó una cultura especial, porque la gente que adoraba el cine era gente buena que deseaba saber más*, explica con añoranza Hernández Marrero. *El Cuyás fue teatro en sus inicios y parecía que en su destino estaba escrito que tarde o temprano debería volver a ser teatro. Ha sido un retorno a sus orígenes*. Sin embargo, el octogenario operador confiesa que desde su reconversión como equipamiento escénico, no ha pisado el nuevo Cuyás. *Cuando acometieron su reforma para rehabilitarlo me causó gran tristeza y dolor emocional. Para reponerme estuve unas cuantas semanas hasta que he podido irlo olvidando. El cine Cuyás me dio mucha vida, recuerda ahora.*

El revuelo que se originó en 1947 con el estreno de *Gilda*, de King Vidor, con Rita Hayworth como protagonista, fue descomunal. *Aquel filme se presentó como la película que arrebatara a las muchedumbres, como una grandiosa superproducción no apta que anunciaba a una Rita Hayworth como una mujer fascinante que causaba sensación en el mundo entero. Ante la fachada del Cuyás se apostaron seminaristas, clérigos, monjas y curas, así como detractores de Gilda que increpaban a los espectadores que decidían entrar a verla. Aquello fue un acontecimiento en la ciudad ¡Nunca hubo una mujer como Gilda!, rezaba el anuncio que publicaba el Cuyás en la prensa local. Todavía recuerda otros éxitos como *Marcelino pan y vino*, de Ladislao Vajda, o *El padrecito*, de Cantinflas, que permaneció en la cartelera del local un mes, o sonados fracasos como *¡Socorro!*, de Richard Lester, con los Beatles, que sólo permaneció seis días.*

Pero su relación con el Cuyás también está vinculada al teatro, porque en su escenario y con la Sociedad Pro-Arte Atenas, formó parte del elenco de actores de varias obras como *Qué solo me dejas*, *La americana para dos*, *¡Qué hombre tan simpático!*, *El divino impaciente* y *Ven acá vino tintillo*, entre otras.

